



## ANTONIO ENRÍQUEZ O LA VIDA INCIERTA

Gonzalo Santonja Gómez-Agero / España

*El 21 de septiembre de 1661, las autoridades sevillanas, cumpliendo las órdenes de Inquisición, registraron la casa del famoso escritor teatral Fernando de Zárate y Castronovo y arrestaron a las personas encontradas allí. Enfrentada la confesión de su hermanastro y la información reunida por la Inquisición, Zárate admitió pronto que era el Antonio Enríquez Gómez, durante veinte años buscado por el Santo Oficio. Esta ponencia repasa su compleja obra literaria y traza el perfil de un heterodoxo, osadamente acogido a la vida clandestina en la España de Calderón tras conocer los ambientes libres de Amsterdam y haber renunciado al exilio.*

**R**efrirse a los judíos españoles de Amsterdam, y abundar en la perspectiva de los exilios, imperativamente pone en cuestión el nombre de Antonio Enríquez Gómez, segoviano presunto o portugués imaginario por coquense cierto<sup>1</sup>, descendiente de judíos conversos, con la familia paterna desde hacia varias generaciones colocada en el punto de mira de la Inquisición, él mismo emplazado en diversas ocasiones a capítulo "voluntario", personaje que conforma un caso tan raro como atractivo: autor de *El siglo pitagórico* (Rouen, 1644), asombrosa galería de reencarnaciones, en cuyo largo haber procede anotar un buen puñado de comedias, notables sonetos y otros poemas,

entre los que se cuenta una "Elegía a la ausencia de la patria" de asombrosa intemporalidad, acerados panfletos contra la Inquisición y extraños opúsculos con buena parte de su meollo aún por desentrañar. Judío, pues, sospechoso en la España del XVII, transeúnte del exilio, en cuanto tal conato de sefardita que se negó a serlo y por eso mismo osadamente español de ida y vuelta, quien acabó atrapado, tarde pero atrapado, por la zarpa de hierro de la Santísima, en cuyos secretos calabozos encontraría fatal acabamiento, peregrino varón ingenioso y de muy raro temple, cualificado representante de ese (numeroso) grupo de criptojudíos que, forzados a vivir en la simulación, quisieran o no se empaparon de valores cristianos y en consecuencia encarnaron un peculiar mestizaje.

El 21 de septiembre de 1661 fue la fecha de su desdicha. Mediaba la noche en Sevilla cuando un tropel de agentes de la Inquisición irrumpió en el domicilio de un dramaturgo de los de nota: Fernando de Zárate y Castronovo, al instante apresado en compañía del resto de los inquilinos. ¿Fernando de Zárate encarcelado! Pues era mucha su popularidad, el río del rumor se desbordó de inmediato. Pronto, sin embargo, se conoció la verdad completa: Fernando de Zárate no existía; Fernando de Zárate era un heterónimo de Antonio Enríquez Gómez, fugitivo cuyos desconcertantes pasos perseguía el aparato

inquisitorial desde hacía la intemerata de años, más de cuatro lustros, pisándole los talones pero mordiendo el polvo. "Cantó" su hermanastra, abundaban las pruebas. Enríquez se rindió a las evidencias. A la vuelta de tanto barajar con inaudita fortuna los naipes de la osadía, el envite final, definitivamente, cantó en su contra la carta manchada del as de bastos y sanseacabó la partida.

Apenas había transcurrido un año desde el último aviso de la fatal ceremonia, también celebrada en Sevilla, en que fue quemado en efígie por judaizante. En Ámsterdam, según Menéndez Pelayo, recibiría Enríquez la noticia del dicho Auto de fe con este irónico comentario: "¡Ahí me las den todas!". Por desgracia no sucedió de tal guisa, sino al contrario: posiblemente asistió al espectáculo, es de suponer que espeluznado. Pero no huyó. Hombre tenaz y valiente, superando el espanto y los miedos insistió en mantenerse fiel a sí mismo, español que renunciaba a serlo, para expresarlo con el conocido verso de León Felipe, ni del éxodo ni del llanto. Murió en el calabozo, "de la enfermedad que le sobrevino", parece que el 19 de marzo de 1663, con sesenta y tres años, dicen que reconciliado con la Iglesia. El investigador Heliodoro Cordente encontró un documento en el Archivo Histórico Nacional, fechado el 3 de abril en Sevilla, el cual abona tales extremos:

*Don Fernando de Zárate, alias Antonio Henríquez Gómez, de nación portugués vecino desta ciudad que fue preso en las cárceles secretas deste Santo Oficio por judaizante, de la enfermedad que le sobrevino murió en su cárcel el lunes santo que se contaron 19 de março..., auiciéndole reconciliado y absuelto por estar confitente y dádole confesión y administráudole los sacramentos de la eucaristía y extremaunción y se enterró aquella noche con todo recato en la Yglesia parrochial de Santa Ana de Triana...*

Enrevesado el asunto durante siglos, porque nadie (salvo quien no debiera: la Inquisición) cayó en la cuenta de que Zárate, comediógrafo reputado de católico sin fisuras, y Enríquez, judío confeso, fueran dos versiones raimadas de un único ser de carne y hueso<sup>2</sup>, la situación registró un giro copernicano a partir del revelador trabajo de Israel Salvador Révah (1962), fruto de dilatados años de minucioso escrutinio en los archivos inquisitoriales. Révah y Cordente han puesto en claro lo que languidecía en penumbras; a saber: Enríquez Gómez, para empezar, no descendía de judíos portugueses (al amparo de la tolerancia de Felipe III muchos sefarditas volvieron a España desde Portugal y el conjunto de la población judeoespañola recibió desde entonces el nombre genérico

de "portugueses") ni era segoviano (vecino, sí, vecino circunstancial de Segovia); sino que nació en Cuenca en 1600, hijo de cristiana vieja, Isabel Gómez, pero de cristiano nuevo, Diego Enríquez Villanueva (tejedor de lienzos), en el seno de una familia cruelmente perseguida durante generaciones por marranismo.

Ya el abuelo paterno de nuestro escritor, Diego de Mora, rindió la mala muerte de las torturas en las cárceles de la Inquisición en fecha indeterminada, hacia finales del XVI; y su padre, pese a haber desposado con cristiana vieja (recurso también adoptado por Enríquez), tendría que acogerse al refugio de Nantes en 1624 para no purgar el mismo suplicio, denunciado por vestir "ferrezuelo de paño fino negro de Segovia con rizo de seda en el cuello", ropa prohibida, al igual que llevar armas o montar a caballo, a los descendientes de herejes.

Forjado en aquellos trances de silencio y terror, Enríquez, apasionado lector por libre casi de inmediato convertido en escritor autodidacta ("que si mis padres en los primeros años me negaron el estudio", recuerda en la introducción de *Sansón Nazareno*, "no trabajé poco en mi juventud sobre las noticias más importantes de las ciencias..."), de momento se dedicó sobre todo al comercio arriero entre Madrid y Sevilla, actividad dominada por los judíos, y alrededor de 1624 abrió establecimiento propio en Madrid, impelido a viajar con frecuencia allende la geográfica y moral barrera de los Pirineos, circunstancia que aprovechaba para recalar en ciudades tan problemáticas como las de Nantes y Burdeos, habitadas por poderosas minorías sefarditas y en las que habían encontrado acomodo tanto su padre como su tío, prófugo también este de la Inquisición sevillana. Claro está, enseguida repararon en él los desvelados agentes de la Santísima. Por aquel tiempo apenas empezaba a introducirse en los márgenes profesionales del teatro.

Instalarse en Madrid le permitió acercarse a los ambientes literarios, situación que rememora con evidente nostalgia en el prólogo mencionado, donde incluye una lista de veintidós obras, las cuales representan la primera etapa de su producción literaria: *El cardenal Alborno*, primera y segunda parte, *Engañar para reinar*, *Diego de Camas*, *El capitán Chinchilla*, *Fernán Méndez Pinto*, primera y segunda parte, *Celos no ofenden al sol*, *El rayo de Palestina*, *La soberbia de Nembrot*, *A lo que obligan los celos*, *Lo que pasa en media noche*, *El caballero de gracia*, *La prudente Abigail*, *A lo que obliga el honor*, *Contra el amor no hay engaños*, *Amor con vista y cordura*, *La fuerza del heredero*, *La casa de Austria en España*, *El sol parado*, *El tromo de Salomón*, primera y segunda parte.

Veintidós obras, pues, pero ¿con qué grado de aceptación? A juzgar por diversos indicios, parece que con muy poco. De hecho, su nombre no figura en ninguna de las relaciones profesionales de los "autores del día". El primer registro de representación que consta es el de El valiente Diego de Camas, en 1633, y pocos años después Juan Pérez de Montalbán, tras haberle escamoteado en el "índice de los ingenios de Madrid" del *Para todos* (1632), selecciona un soneto suyo para el panegírico a Lope de Vega (Fama póstuma). Enríquez vivía entonces a caballo entre la capital y Segovia, según Révah peligrosamente implicado en actividades marranas, pero en 1637, cuando empezaba a forjarse un hueco en aquella difícil y competitiva sociedad literaria, sintió la necesidad de poner tierra por medio, quizás recelando de la Inquisición pero desde luego anti-heroicamente en fuga de los pañeros segovianos, alcanzado con ellos de deudas tal vez a causa de la quiebra de un poderoso banquero judío, Manuel Cortizos, víctima a su vez de las intrigas de un Conde Duque de Olivares entrampado con él hasta las cejas, fatal maridaje del celo apostólico con el interés. Tardaría en regresar....

Tardaría en regresar, pero no perdió el tiempo. Al otro lado de la frontera, Enríquez residió, primero, en Burdeos, luego en Rouen y también pasó diversos períodos en París y Ámsterdam, ciudades que acogían influentes colonias judías. A esta época pertenecen ambiciosos poemas, logradas obras satíricas (muy deudoras de Quevedo) y atrevidos opúsculos políticos, en ocasiones generosamente pagados. Tal sucedió, por ejemplo, con *Triunfo Lusitano* (1641), tratadillo favorable a la independencia de Portugal, causa que tanto interesaba a Francia, gesto premiado con la Orden de San Miguel.

Inmerso en un ambiente de apoyo, aprovechó para ajustar algunas cuentas pendientes con la Inquisición. De ahí alegatos contra la intolerancia católica como *El Romance al divino mártir, Judá creyente*, dedicado a Lope de Vera, teólogo y cristiano viejo convertido al judaísmo y quemado en Valladolid, o *Política Angélica* (1647), apología del judaísmo de inmediato prohibida, de la que dispuso dos versiones, una de ellas adecuada—relativamente adecuada— a las circunstancias establecidas en los dominios de la Inquisición, trata asimismo presente en *Luis dado de Dios a Luis y Ana*, Samuel dado de Dios a Elcana y Ana (1645), exposición de su pensamiento político por mor de la paráfrasis del *Libro de Samuel* y los evangelios de San Marcos y San Lucas. También data de esos años *La torre de Babilonia* (1649), catorce "vulcos" a la manera de los Sueños de Quevedo pero sometidos a un proceso de hiperbolización alegórica, como señala Teresa de Santos<sup>4</sup>,

que recrean la peregrinación de un yo adánico, expulsado del Paraíso, por Babilonia y alrededores, metáfora flagrante de la sociedad barroca con personajes prototípicos (médicos, boticarios, malsines y ninfas), lugares alegóricos (verbigracia, el Templo del Dinero) más una especie de novelilla incrustada: la autobiografía del Marqués de la Redoma, en la línea de gozosa Vida de don Gregorio Guadaña, que ocupa la transmigración V de El siglo pitagórico (1644), ficción lucianesca en clave pitagórica con las transmigraciones de un alma a través de diversos cuerpos, sueño de aleccionadora intención crítica.

A estas obras hay que agregar un valioso conjunto de ambiciosos poemas: *Academias morales de las musas* (1642), miscelánea con mucha nostalgia de la patria perdida que al hilo de una estructura tópica (los interlocutores hilvanan poemas en torno al amor, los celos o la amistad) contiene una reivindicación moderna y de fondo: la de la lengua como única patria común; *La culpa del primer peregrino* (1644) de carácter alegórico pero con directas andanadas anti-inquisitoriales y numerosas escenas satíricas de costumbres, deudoras del molde de Luciano y Quevedo; y *Sansón Nazareno*, catorce cantos (listos y en poder del impresor Maurry los trece primeros cuando regresó a España, tardaría siete años en remitirle el décimo cuarto, de modo que la impresión se retrasó hasta 1656), comato de un nuevo tipo de poesía épica basada en valores morales<sup>5</sup>.

En cuanto al teatro, en 1649 publicó en Lisboa Engañar para reinar, incluida en un volumen colectivo (*Doze comedias las más famosas que asta ahora han salido de los mejores, y más insignes poetas, tercera parte*) y poco más tarde envió a España copia de *El rey Salomón*, anticipo de un regreso que cada día le costaba más aplazar. Peligroso reto que finalmente afrontó bajo diversos alias y, por supuesto, al resguardo de una bien trabada red de complicidades que empezaba en la familia de su mujer, cristiana vieja de Burgos, Isabel Basurto, uno de cuyos hermanos, familiar del Santo Oficio, desafió en su ayuda los más graves riesgos. Entonces sería cuando se fabricó un doble, el de Fernando de Zárate, y reinventó su vida, volcado en el teatro y, desde la escena, mecido en las alas del éxito... hasta aquella fatídica noche del 21 de septiembre de 1661.

Asentado en Sevilla y dramaturgo de éxito, lo cierto es que la Inquisición había retomado su pista, y que la siguió, y que lo tuvo varias veces al alcance, y que otras tantas la eludió por los pelos; y de esa manera, jugando al peligro, un mal día le detuvo, corriendo a la (de)sazón el año, para él de irreparable desgracia, de mil seiscientos

y sesenta y uno. En fatal consecuencia, lejos de fallecer sobre colchones mullidos en Ámsterdam, espectador risueño del aquelarre de su propia imagen, se agostaría en prisión, en angustiado secreto aunque posiblemente reconciliado con la Iglesia y por eso enterrado en sagrado<sup>6</sup>, mientras sus obras, paradójicamente, seguían escalando los escenarios y aun llegaban a Palacio y entraban en imprenta gracias a los manuscritos confiscados en la hora del prendimiento.

De "fastidioso" motejó a Enríquez el sector consabido de la crítica bienpensante, oscuro retórico sin causa y hasta empedrado. Uno de nuestros más eximios tratadistas arremetió contra sus obras al estampar "que pueden citarse, sin escrúpulo de conciencia, como dechado y cifra de la más perversa, altisonante e hiperbólica poesía que se conoce en lengua castellana". Abundando en más de lo mismo las *Academias morales* han encajado mandobles al tenor del siguiente: "no conozco páginas en castellano más enrevesadas que las de este libro... Muchas de estas páginas no he podido descifrarlas, y ninguna de ellas me quedó del todo clara". Pero es que emborronar el mensaje con los artificios de la retórica y disimularlo entre citas clásicas siempre conformó, aquí y acullá, acreditado parapeto defensivo. Además, Antonio Enríquez declara palmariamente que disimula en el introito de *La Torre de Babilonia*: "... no siendo lo que se ve lo mismo que se mira. Lean con cuidado y miren sin él, que los que leen con seso, tienen ojos; y los que miran sin juicio, antojos".

Poeta, libelista, dramaturgo y narrador, Zárate/Enríquez (o Henríquez) escribió una obra amplia, ingeniosa y dada al chiste, moral y filosófica, con nobles resonancias gongorinas, quevedescas o calderonianas, tal vez más innovadora por el ángulo de las tesis políticas y morales que por el de las aportaciones técnicas, capital intuición adelantada por Charles V. Aubrun a mediados del recién pasado siglo XX<sup>7</sup> y Charles Amiel, para cuyo recto entender con frecuencia pecaría Enríquez de "dissimulation marranique<sup>8</sup>". Como acabo de recordar, él mismo vino a reclamar esa condición de escritor doblado en los preliminares de *La torre de Babilonia* (1649) y, tomadas en consideración sus indicaciones, o sea, leyéndole con cuidado, hasta los temas más tópicos adquirieron matices inesperados. Tal acontece, por ejemplo, con el manido asunto del menosprecio de corte y la alabanza de aldea, "humilde albergue" y "santa compañía" donde "vivo seguro" en la sosegada *Primavera del hombre*, sin amenaza de Estío ni amagos de calcinamientos, al resguardo de sustos y en el descanso de las sospechas:

*Hidras sangrientas de tu fe traidora;  
Aquí vivo seguro  
Del mayorazgo extraño,  
Herederero del Sol y de la Aurora;  
Aquí la verdad mora,  
Allí sí bien se mira,  
Mezclada la mentira  
Con la lisonja fiera;  
Siempre aquí en Primavera  
Y allá todo es Estío:  
¡Oh mil veces dichoso albergue mío!*

En general, sólo se considera —cuando se considera algo— su "extravagante" novela picaresca, *La vida de don Gregorio Guadaña*, uno de los varios componentes de un libro mucho más amplio y complejo, *El siglo pitagórico*, pero la verdad es que dicha novela y dicho libro, siendo mucho, únicamente constituyen la parte menos desconocida de una obra de nota que de largo requiere atención y espacio.

Como señalé más arriba, el mester poético de Enríquez registra un ambicioso canto épico, *Sansón Nazareno* (Rouen, 1656), gongorino de legítima cepa; una especie de curiosa novelita versificada, *Academias morales de las musas* (Rouen, 1642), que a la vez resulta un cancionero quintaesenciado, y diversos tomos de poemas entre los que destaca, y muy de largo prefiero, *La culpa del primer peregrino* (Rouen, 1644), con multitud de vibraciones personales y mucho desgarramiento de fondo.

En tanto que libelista, término que utilizo en la acepción figurada de dar repudio a una cosa, denunciarla y apartarse de ella, más allá de los Pirineos circuló con cierta fortuna *La política de Dios* (Rouen, 1647-49), obra rotunda, meridiana y directa; y en contrapartida de tantísimas claridades, ese extraño libro que lleva por título *Luis, dado de Dios a Luis y Ana* (París, 1644) que aún sigue gongorinamente (pero en versión ideológica) a la espera de un providencial Dámaso Alonso.

Dramaturgo, sus comedias, graves las más, están dedicadas a cuestiones de gobierno o asuntos del Antiguo Testamento, o tratan sobre honor y moralidades (*El gran cardenal de España, don Gil de Albornoz, A lo que obliga el honor, La soberbia de Nemrot, El trono de Salomón, etcétera, etcétera*). Pero también cuenta en su haber con algunas piezas de capa y espada, todas bien estimables y entre ellas la mejor, según el pormenorizado juicio de su editor, Glenn L. Dille, *La presumida y la hermosa*<sup>10</sup>, atrevida puesta en solfa de acentuados prejuicios (la pureza racial), osado crisol de escarnio de algunos supuestos básicos (el sentido del honor, el ringorrango de la nobleza, las apariencias de

los linajes) y hasta inaudito alegato anti-inquisitorial<sup>11</sup>, desarrollada con abundancia de peripecias y magistral dominio de los enredos, caracteres sólidos (en particular el del gracioso, Chocolate de nombre), diálogos chispeantes, amores secretos y casamientos forzados, invectiva contra la hipocresía con barruntamientos de crítica que rozan la sátira marginal y libre. El tono de nuestro autor sólo se torna con plenitud apologético cuando el texto se ocupa de figuras como la de Fernández Méndez Pinto, comedia en dos partes (h. 1642) a propósito de dicho misionero jesuita, converso y primer evangelizador de China, obra, por cierto, secularmente atribuida a Lope de Vega, al igual que *La torre de babilonia*, piélagos ese de las autorías colectivas y los ahijamientos equivocados, tan característico de nuestro teatro de los Siglos de Oro.

Narrador, basta y sobra para acreditarle con la fábula prodigiosa de las transmigraciones de *El siglo pitagórico*, logrado crisol de influencias lucianesca, de la picaresca y de todas las tendencias de la novela cortesana, friso burlesco de la sociedad, porque de cuerpo en cuerpo el alma viajera atraviesa los distintos estrados, alarde escrito en verso con las notables excepciones de un par de escenas, las que corresponden a las coporcizaciones en un arbitrista y un hidalgo, y la célebre *Vida de don Gregorio Guadaña*, obra, a todas luces, independiente e intercalada con algún forzamiento.

No veo a *Guadaña*, stricto sensu, como narración picaresca. Nos encontramos, creo yo, ante una novela de aventuras con obvios elementos picarescos y una fundamental carga erótica, en la senda desbrozada por el doctor Carlos García y el pedagogo Juan de Luna en *La desordenada codicia de los bienes ajenos* (París, 1619) y *Segunda parte del Lazarillo* (París, 1620), transterrados ambos, y para el caso da igual que lo fuesen por sinrazones de perseguiimiento o por natural inclinación a la vida a salto de mata, cual sostuviera Menéndez Pelayo en su imprescindible *Historia*

*de los heterodoxos españoles*. Porque de lo que se trata es de las obras, y éstas improbablemente hubiesen encontrado acomodo en el panorama editorial español de aquellos años. Ni qué decir tiene, García y Luna también me ocuparán en su momento. Y no sólo por los brillantes apartados de la *Desordenada codicia* y la *Segunda parte*, pues no cabe prescindir, por cuanto se refiere al primero, de *Oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la tierra*, ensayuelo enderezado a explicar y combatir la antipatía entre los españoles y los franceses (París, 1617)<sup>12</sup>, ni en cuanto toca al segundo del *Arte breve y compendiosa para aprender a leer, escribir, pronunciar y hablar la lengua española* (París, 1615), los *Diálogos familiares*, (París, 1619) y el *Coloquio familiar* (Londres, 1623), obras las tres jugosas, salpicadas de pullas al orden católico, que dirigió a los estudiantes de Francia e Inglaterra<sup>13</sup>.

La buena acogida que dispensó a Enríquez la poderosa y bien estructurada comunidad judeo-española de Ámsterdam y el sentido global de su obra dramática, escrita pensando en España y destinada a sus escenarios, a los que en efecto subió, corroboran que la incomunicación no existía, fenómeno imposible en unas tierras de Europa repletas de españoles, soldados, comerciantes y aventureros, cuyo crecido número posibilitaría, como de sobra se sabe, el pingue negocio editorial de avezados impresores que acertaron a especializarse para cubrir esa lógica demanda de libros en castellano, de modo y manera que aquellos sefardíes supieron de Calderón y de Lope prácticamente sobre la marcha, algo que (anti) naturalmente distó mucho de suceder a la viceversa, privado el tronco de aquella rama pero, aún en la distancia, impregnadas las ramas por las savias del tronco. El caso de Enríquez pone en solfa no pocas verdades apodécticas y plantea numerosos interrogantes. Como escribió Cervantes, "digo, paciencia y bajar" (I, 23): hay materia sobrada para seguir discutiendo.

## NOTAS

- <sup>1</sup> En calidad de segoviano o como vástago de judíos portugueses sigue figurando en muy consultadas historias de la literatura española y en no menos visitados libros de referencia, al estilo, verbi(ces)gracia, del *Diccionario de literatura española e hispanoamericana* por Ricardo Gullón dirigido para Alianza (Madrid, 1993), cuya entrada correspondiente insiste en localizar su nacimiento en Segovia, fechándolo, además, en 1600, insensibles a las investigaciones de hispanistas como Glen E. Dille (1978, 1979, 1986, 1987), editor depurado de alguna de sus mejores comedias (como *La presumida y la hermosa*. Trinity University Press, 1988), y aún a trabajos de alta divulgación escolar, al estilo de la bien accesible edición de Teresa de Santos de *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña* (Madrid, Cátedra, 1991), o simplemente de divulgación a secas, tal la *Vida de Gregorio Guadaña* preparada por Jesús Martínez Sánchez para Legasa (Madrid, 1980). En fin, ahondando en la senda apuntada por I. S. Révah (1962), el minucioso trabajo de Heliodoro Cordente, Origen y genealogía de Antonio Enríquez Gómez, alias Fernando de Zúrate (Madrid-Cuenca, Alcaná Libros, 1992), definitivamente ha tornado no pocas brumas en claridades.
- <sup>2</sup> De hecho, la Inquisición, a través de sus distintos tribunales, siguió incoando expedientes separados para Antonio Enríquez (o Henríquez) y Fernando de Zúrate años después de su único y el mismo fallecimiento. En el Archivo de la de Cuenca, publicado por Dimas Pérez Ramírez (Catálogo del Archivo de la Inquisición de Cuenca. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982), concretamente en el legajo 422 (5899), hasta se da por bueno su origen portugués, anotándose su condición de "suspense" por causa de "judaísmo" (pág. 289), mientras A. Paz y Melia rescató en *Papeles de Inquisición* (segunda edición, preparada por Ramón Paz. Madrid, Patronato del Archivo Histórico Nacional, 1947. Pág. 71) un documento de censura de 1771 contra *Las misas de San Vicente Ferrer* de Fernando de Zúrate, obra acabada en Sevilla a 10 de marzo de 1661 y ya recogida —junto a *La presumida y la hermosa*— en la *Parte veinte y tres de comedias nuevas, escritas por los mejores ingenios de España* (Madrid, Joseph Fernández de Buendía, 1665). En el billete en cuestión se demandaba la retirada del "caso de doña Francisca Ferrer, que se confesó con el demonio vestido de sacerdote, por lo que fue condenada a Purgatorio hasta el fin del mundo", según las ediciones sevillanas de la Imprenta Real y la Viuda de Francisco Lecfdacl. Documento este de gran interés, completa su contenido la solicitud de Félix Quiusqui, en nombre de su Compañía de Máquina Real, para representar un rotal de catorce comedias durante el tiempo "que queda de carnal", entre las que figura, además de *Las misas*, otra pieza de Zúrate: *Santa Thae*, manuscrito conservado en la BN (se conoce otra *Santa Thae* atribuida a Rojas Zorrilla). El repertorio de Quiusqui era de lo más gratado: *El desdén con el desdén*, *Reinar después de morir*, *A buen padre, mejor hijo*, *Dar la vida por su dama*, *El conde de Saldaña*, *No puede ser guarder una mujer*, *Casarse por vengarse*, etcétera, etcétera.
- <sup>3</sup> Tratado, por cierto, cuya requisa documenta Paz y Melia en *Papeles de Inquisición* (nota precedente), asentado en la "relación de algunos libros y manuscritos sacados de la librería del Conde de Rebolledo, unos prohibidos y otros no. Entre estos *Luis dado de Dios* de Antonio Enríquez, y *Analogía en castellano*, manuscrito de Martín Becano" (pág. 71).
- <sup>4</sup> ANTONIO ENRÍQUEZ, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*. Edición de Teresa de Santos. Madrid, Cátedra, 1991.
- <sup>5</sup> Cf. La excelente antología de Antonio Lázaro: Antonio Enríquez Gómez. *Sonetos, romances y otros poemas*. Cuenca, Alcaná/ Ayuntamiento, 1992.
- <sup>6</sup> GLEN E. DILLE, edición cit., pág. 3. Además de la bibliografía asentada en la nota precedente, procede subrayar los trabajos de C. de Ibez, *La estructura barroca de "El Siglo Pitagórico"* (Madrid, 1978) y C.H. Rose, "A. Enríquez Gómez y la genealogía picaresca", en *La Torre*, Universidad de Puerto Rico, 1987 (1, págs. 527-538). Angelina Muñiz, precoz transferrada a quien por extenso me referiré luego, establece un lúcido vínculo entre su poesía y la del exilio del 39 en *El canto del peregrino*. Hacia una poética del exilio (Barcelona, Gexel/Universidad Nacional Autónoma de México, 1999. Págs. 76-7).
- <sup>7</sup> Cf. "Antonio Enríquez Gómez, poète dramatique" en *Bulletin Hispanique*, 1957 (vol. LIX).
- <sup>8</sup> Cf. su edición de *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*. París, Ediciones Hispanoamericanas, 1977.
- <sup>9</sup> "Canción a la vida de aldeá". Cito por *Sonetos, romances y otras poemas* de Antonio Enríquez Gómez. Edición de Antonio Lázaro. Cuenca, Alcaná Libros, 1992. Págs. 171-5.
- <sup>10</sup> Dille ha dedicado rigurosas monografías a Enríquez. Cfr., a modo de últimos exponentes, "Enríquez Gómez, alias Fernando de Zúrate", ya cit.; "The Christian Plays of A. Enríquez Gómez", en *Bulletin of Hispanic Studies*, Nueva York, 1987, núm. 54, págs. 3950; y en particular Antonio Enríquez Gómez. Boston, Twayne, 1988. Además, A. L. Mackenzie estudió *El gran cardenal de España* en "Una comedia casi perdida y desconocida": *El mundo del teatro español en su Siglo de Oro*, Ruano de la Haza, ed. Ottawa, 1989. Págs. 373-93.
- <sup>11</sup> Desracadamente en el acto segundo, donde Dille aprecia, apuntando su análisis "hasta el extremo", que de ciertos comentarios a propósito de la creencia en la resurrección se deduce una especie de comparación entre la comunión y los actos de canibalismo (edición cit., pág. 13).
- <sup>12</sup> C. GARCÍA, *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, edición de G. Massano. Madrid, 1977. Sobre oposición y conjunción... cfr. Y. David Peyre "A propos de l'ouvrage La France et les Français dans la Littérature espagnole (1598-1665) et la redición de *La antipatía*...", en XVII Siècle. París, 1981. XXXIII, págs. 90-5.
- <sup>13</sup> R. S. RUIDOR, "Nueva luz sobre Juan de Luma" en *La Picaresca. Orígenes, textos y estructuras*. Madrid, 1979. Págs. 485-91; *Segunda parte del Lazarillo*, ed. de Pedro Piñero. Madrid, Cátedra, 1989. ("Letras Hispánicas", 282).